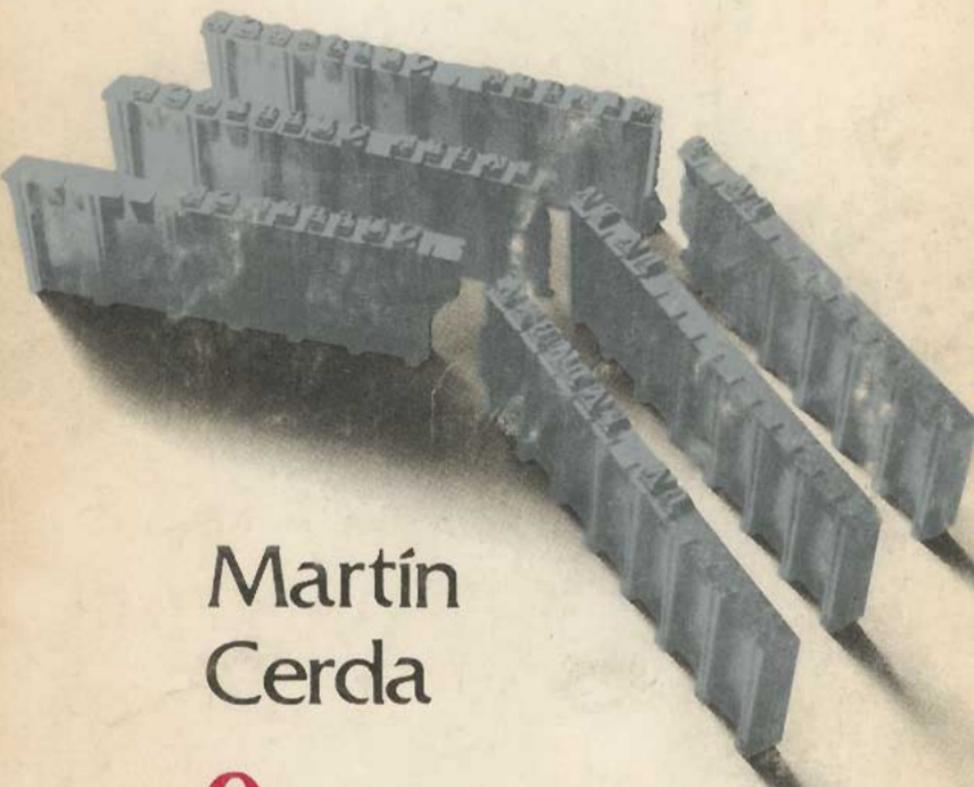


La Palabra Quebrada

ENSAYO SOBRE EL ENSAYO



Martín
Cerda



EDICIONES UNIVERSITARIAS
VALPARAÍSO

Todo escrito fragmentario, llegado el caso de tener que justificarse, podría invocar una larga e ilustre tradición: Pascal, La Rochefoucauld, Swift, Chamfort, Lichtenberg, Novalis y; desde luego, Nietzsche. Esa tradición no se ha agotado en nuestros días, sino que, al contrario, se ha sustentado y diversificado en los escritos de algunos de los ensayistas más significativos del siglo XX: Walter Benjamin, Michel Leiris, Theodor W. Adorno, Maurice Blanchot, E. M. Cioran, Roland Barthes y Kostas Axelos.

No se trata, sin embargo, de invocar un linaje formal, sino de justificar una forma, modo o práctica de escribir. Cuando hoy hablamos de los fragmentos de Heráclito, nos estamos, en verdad, refiriendo a los restos de un discurso perdido, zozobrado. Cada resto o fragmentum apunta, en este caso, hacia la totalidad espectral de ese texto perdido. Cuando hablamos, asimismo, de los Pensamientos de Pascal, es costumbre recordar que ellos son un conjunto de "anotaciones" destinadas a la composición de una obra total (Apología de la religión cristiana) que, por un motivo u otro, el autor no llevó a término.

No es en ninguno de estos dos sentidos que hoy hablamos de escritura fragmentada. Ni las máximas de Chamfort, ni los aforismos de Nietzsche, ni los fragmentos de Benjamin son, en verdad, los restos de una totalidad perdida, ni tampoco las "anotaciones" para un libro total. Son textos expresamente concebidos, trabajados y ejecutados como entidades formales autónomas: una forma de escritura que, en lo esencial, responde no sólo a un determinado tipo de coyunturas históricas sino, además, a un modo de mirar, asumir y valorar el mundo.

En las postrimerías del siglo XIX, al analizar los escritos en prosa de Baudelaire, Paul Bourget propuso un esbozo de lo que hoy podría llamarse una sociología de la escritura fragmentada. Para el autor de los Ensayos de psicología contemporánea, el hecho que el texto literario se hubiese ido "desgranando" en unidades prosódicas cada vez más elementales e independientes, parecía corresponder al proceso de descomposición de una sociedad en sus diferentes "elementos" (clases, grupos e individuos) y, a raíz de lo cual, Bourget describió a la escritura resultante como un "estilo de decadencia". Nietzsche, que leyó atentamente los ensayos de Bourget, adoptó y radicalizó este punto de vista, hasta el extremo que algunos investigadores, como Walter Binni, han llegado a endosarle la paternidad.

Todo escrito fragmentario implica, en efecto, una fractura, crisis o quiebra social y, al mismo tiempo, una infracción de todos los lenguajes que, de una manera u otra, intentan enmascararla o "taparla". Algunos de los mejores fragmentos de Rivarol, Chamfort o Lichtenberg arrastran, en sus más íntimas entrañas, la sombra degradada y degradante del Terror jacobino. Es posible que igual cosa ocurra con algunos de los escritos póstumos de Kant, cuyo carácter fragmentario ofrecen, según Lucien Goldmann, una tensión comparable a los "fragmentos aforísticos que tanto admiramos en Pascal y en Nietzsche".

El fragmentarismo de los Diarios íntimos de Baudelaire, sobre el que llamó la atención justamente Paul Bourget, puede ser explicado por el radical desgarramiento interno de la conciencia burguesa en la sociedad francesa hacia 1850. Cada uno de los fragmentum baudelaireanos parecieran indicar que la sociedad, como totalidad, se había vuelto invisible e indecible y que, en último trámite, sólo podría ser proyectada en la escena incierta de los sueños.

No otra cosa, en verdad, decía Baudelaire.

"Síntomas —escribía— de ruinas. Edificios enormes, unos sobre otros. Departamentos, cuartos, templos, escaleras, miradores, linternas, fuentes, estatuas, figuras, lagartos. Humedad proveniente

de un desagadero situado en las inmediaciones del cielo (...) Veo en los sueños cosas tan terribles, que algunas veces quisiera no dormir”.

Cuando hoy leemos fragmentos como éste, sorprende que Apollinaire haya podido, a comienzos de siglo, negarle a Baudelaire todo sentido, “don” o instinto profético. Muchos de sus fragmentos parecen, en efecto, haber sido escritos sólo ayer, y no dejan de asemejarse, por su tono y contenido, a algunos textos de Walter Benjamin, a muchas páginas del Diario de Ernst Jünger y a los últimos aforismos de Karl Kraus.

III

“El verdadero poeta —decía Novalis— es onmiciente”. Esta proposición ilustra ajustadamente el ars poetae del romanticismo: traduce, por una parte, la soledad trágica en que se anidó el Ego romántico, distante e incomprendido de los demás hombres, y, por otra, impone a esa soledad como el sello distintivo de una mirada privilegiada, “inspirada”, oracular. El poeta romántico fue un hombre separado, marginado o excluido de la comunidad, y que, a la vez, abarcó desde su soledad aristocrática el curso total del mundo con una sola mirada.

Hoy sabemos, sin embargo, que la poética romántica del genio fue, en lo sustantivo, sólo una ideología compensatoria, es decir, un consuelo imaginario para mitigar el radical desencanto del mundo que sacudió al hombre romántico. Nadie puede sorprenderse que, en esta situación anímica, se hayan escrito algunos textos fragmentados que, como los de Novalis, evidencian admirablemente la profundidad de la fractura que separa al hombre de toda sociedad en que han desaparecido la mayor parte de los valores comunes.

Es por eso, como lo observó Maurice Blanchot, que casi todos los grandes románticos alemanes intentaron sustituir la nostalgia de una totalidad perdida por la utopía de un libro total, del que cada uno de ellos dejó sólo algunos fragmentos adensados, temblorosos, casi trágicos. Rastro de un esfuerzo fallido, sombra de ese libro total, el fragmentario romántico fue una forma estéticamente válida y, a la

vez, el producto de una science du monde insuficiente.

“Forma discontinua –dice Blanchot–, la única que conviene a la ironía romántica, puesto que sólo ella puede hacer coincidir el discurso con el silencio, el juego con la seriedad, la exigencia declarativa, y hasta oracular, con la indecisión de un pensamiento inestable y dividido, y finalmente, para el espíritu, la obligación de ser sistemático con el horror del sistema”.

Esta utopía de un libro total, jamás acabado, alcanzó tal grado obsesivo que, algunas veces, llegó a confundirse con la propia vida del escritor romántico. “No puedo –escribía certeramente F. Schlegel– ofrecer de mi personalidad otra muestra que no sea un sistema de fragmentos, porque yo soy algo por el estilo”. Esto explica la confusión que condujo a la mayor parte de los románticos a hipotecar, “sacrificar” o dilapidar su vida real en la búsqueda de otra vida más auténtica, intensa y verdadera, y que algunos de ellos habían cifrado en la utopía de ese libro total.

IV

Lo que importa en todo escrito fragmentado es, sin embargo, lo que fragmenta o quiebra a la escritura. Si alguna tradición puede invocar cada fragmentario, ésta no puede ser otra que la permanente infracción de los discursos instituidos, socializados, “doxologizados”. Esta infracción –o, según Theodor W. Adorno, herejía– pertenece a la esencia del ensayo moderno y, en particular, del fragmento en el que, con alguna frecuencia, se abrevia, resume o condensa. El mismo Th. W. Adorno, afirmaba al presentar Mínima moralía, haber retenido la postulación hegeliana de una totalidad porque, en último trámite, su libro constituía “una protesta en su contra”.

La disolución progresiva en la sociedad actual de toda forma de vida personal, privada o, si se quiere, individual no constituye, en efecto, una “superación” de las contradicciones que denunciaron los críticos de la sociedad burguesa del siglo XIX, sino, al contrario, representa un estadio más avanzado y amenazante de los procesos

de "reificación" o cosificación de la vida social, hasta el punto que la noción de persona comienza hoy a zozobrar rápidamente. "De ahí —advierte Th. W. Adorno— que el análisis social pueda extraer, sin embargo, de la experiencia individual mucho más de lo que Hegel concedía, mientras que, a la inversa, las grandes categorías históricas, luego de todo lo que entre tanto se ha hecho con ellas, no poseen ya ninguna seguridad frente a la sospecha de impostura que pesa sobre ellas".

Esta situación permite restablecer, por así decirlo, la zona de validez de todo escrito que, como el ensayo, no pretende hoy "ex-poner" una visión o un saber total (y muchas veces "totalitario"), sino, introducir una mirada discontinua en un mundo que, en lo más sustantivo, se oculta o se enmascara con diferentes ropajes y lenguajes "totales", monolíticos y opresivos. Por eso, justamente, en su penetrante libro autobiográfico, Roland Barthes podía anotar: "Escribir por fragmentos: los fragmentos son entonces las piedras sobre el borde del círculo: me explayo en redondo: todo mi pequeño universo está hecho de migajas: en el centro ¿qué?". Por eso, asimismo, escribir sobre el ensayo exige siempre escribir ensayísticamente, es decir, de manera fragmentada, discontinua y exploratoria.